

## PRÓLOGO

No es en absoluto infrecuente que artistas de toda índole queden, en la memoria colectiva, encasillados como si sólo fueran autores de una única obra, dejando el resto de su producción en una suerte de limbo de la ignorancia o el olvido. Así, con el paso de los años, parece como si el nombre del artista formara un dúo exclusivo e indisoluble con una sola de sus creaciones. Tal es el caso, por no mencionar más que algunos ejemplos, del escultor griego clásico Mirón y su "Discóbolo", de Giuseppe Tartini y su sonata "El trino del diablo", del Dante Alighieri, con su *Divina comedia*, de Giovanni Battista Pergolesi y su *Stabat Mater*, de Calderón de la Barca y *La vida es sueño*, Paul Dukas y *El aprendiz de brujo*, Sandro Botticelli y *El nacimiento de Venus*, Luigi Boccherini y "El" Minueto..., y tantos otros artistas cuyo esfuerzo de creación ha ido quedando oculto y abandonado, a lo largo de la historia, en una zona umbría proyectada por esa única pieza del repertorio.

Con Emilio Arrieta y *Marina* nos encontramos ante un caso similar.

Sin necesidad de emprender una encuesta científicamente homologada, podemos afirmar que, interrogada cualquier persona al azar por la obra de Arrieta, respondería, en el mejor de los casos, mencionando a *Marina* y, si insistiéramos en que citara alguna otra obra del navarro, lo más probable es que el encuestado enmudeciera...

Y, en cambio, Arrieta cuenta con un acervo creativo de no menos de 50 zarzuelas, alguna ópera, diversas piezas musicales de oportunidad, incluyendo himnos, canciones, coros..., y algunas composiciones orquestales y de cámara. ¿Quién conoce ese patrimonio creativo del insigne navarro? Lamentablemente, la respuesta sería: poca gente.

Si al amplio elenco musical de Arrieta le añadimos la extensa labor pedagógica y de gestión que ejerció en la Escuela Nacional de Música (hoy Real Conservatorio Superior de Música de Madrid), que, en cierta medida, le restó tiempo y energía para ampliar su catálogo compositivo, estamos ante una figura que difícilmente se merece la penitencia de pasar por ser "autor de una sola obra". Así, en cierto modo, *Marina* se ha convertido en un "castigo inmerecido" para el incansable compositor de Puente la Reina, un castigo que, en este año en que se conmemora el 2º Centenario de su nacimiento, todavía no se le ha levantado del todo.

En estas condiciones, no podemos por menos que celebrar que su paisano, Jesús María Macaya, nos ofrezca una nueva visión del "zarzuelero",

alejada de la estrecha imagen que puebla el conocimiento popular de su obra, tanto compositiva como pedagógica, y que nos muestre la intensa imbricación del músico en la sociedad madrileña del convulso siglo romántico español. Porque Arrieta conectó estrechamente con el público aficionado al teatro musical, estuvo constantemente en boca de la prensa coetánea, se codeó con la aristocracia y con la casa real, y fue amigo de sus muchos amigos, aunque no fuera ajeno a controversias ni dejara de optar por una clara posición “italianista” frente a la dominante “germanofilia”, sobre todo en el mundo de la musicografía.

El estudio realizado por Macaya es, además, una modalidad particular de biografía basada en lo que se suele llamar “la recepción” de la obra del artista, es decir, la opinión coetánea sobre sus composiciones (zarzuelas), expresada, sobre todo, pero no exclusivamente, a través de la prensa periódica.

Macaya es un incansable “buceador” de hemerotecas, rastreador tenaz de noticias, comentarios y críticas que se iban publicando en la abundante prensa escrita madrileña y, también, de algunas otras ciudades importantes de la Península, según se iban estrenando o reponiendo las obras, en este caso, de Arrieta. Son innumerables los diarios y revistas especializados o, simplemente, con secciones de crítica teatral, que publicaron críticas o comentarios sobre Arrieta, o rotativos de tipo satírico, que aprovechaban incidencias o anécdotas para desarrollar su mordaz visión del teatro musical de la época, de sus glorias y de sus miserias. Páginas y páginas impresas en las que el músico navarro era objeto de comentarios (elogiosos o críticos), cada vez que se ponía en escena una nueva obra suya, o cada vez que, con otros intérpretes y otra tramoya, se reponían sus zarzuelas.

Sobre ese eje periodístico, exprimido hasta la última gota, Macaya construye un relato biográfico muy vivo, fehaciente y, sin duda, ameno, que nos permite conocer a fondo al personaje, su obra y el entorno social (y político), en el que vivió el compositor y, muy especialmente, nos permite pulsar cómo valoraba la opinión pública al navarro madrileñizado.

Abundan las citas literales, a veces breves, a veces extensas, en las que el autor del presente estudio ha elegido transcribir los fragmentos conservando la ortografía de la época, una modalidad de cita que no todo el mundo practica pero que nos asoma a la realidad textual de lo impreso. Así, la acentuación de las palabras aparece muy distinta a la normativa actual pero, en ningún caso genera duda o incompreensión: *fué, á, dió...*, abundan en los artículos periodísticos transcritos, mientras que no figuran los acentos en la mayoría de los verbos: *habia, ponía...*, ni en palabras como *entonacion, consi-*

*deracion...*, siendo de destacar un escaso uso de la letra “x”, ausente, por ejemplo, en *esageracion, escursion...* De este modo, el lector se traslada mentalmente a mediados del siglo XIX y lee la prensa tal como lo hacían los coetáneos de Arrieta, con aquella aparente anarquía ortográfica, muy propia de una falta de normalización que aún tardaría en asentarse.

En cualquier caso, las citas literales de los rotativos de entonces son un vehículo más que adecuado para seguir la vida y las actividades de la sociedad musical madrileña, en general, y de Emilio Arrieta, en particular. Además, dicha prensa nos informa de las polémicas (que no fueron pocas) sobre si España debería o no debería crear su propia escuela en el terreno del teatro musical, si había que adherirse a la línea italiana o a la germana, si la “zarzuela” era equiparable o no a la “opereta”, si la zarzuela debía ocupar el puesto de una “opera nacional”... Todo, o casi todo, se dirimía en la prensa, único medio de comunicación disponible por aquel entonces, ya que los medios radiofónicos tardarían algunas décadas en llegar. Así, la prensa era el ágora imprescindible para recoger opiniones y debates, incluyendo relatos puramente periodísticos sobre las actividades de los músicos (compositores e intérpretes), y empresarios teatrales, así como los actos, homenajes, funerales, y toda suerte de eventos mundanos vinculados a la escena musical.

El autor de este estudio, Jesús María Macaya, no parece haber ahorrado esfuerzos ni haber descuidado rincones impresos de los rotativos, para trazar la vida y andanzas de uno de los más insignes compositores de zarzuelas del siglo en el que este género alcanzó sus más altas cotas.

El presente libro, además de peculiar, ameno y, sin duda, recomendable, es muy oportuno en el marco del debido homenaje al peculiar Emilio Arrieta, en su 2º Centenario, un personaje peculiar porque, además de no llamarse Emilio, dio siempre mucho que hablar por su pertinaz soltería, por su fuerte carácter y, sobre todo, por su inmenso catálogo y su enorme labor pedagógica, que hoy tenemos el deber de reivindicar.